

CAPÍTULO VII

LA FE DE ESPAÑA

a) LA RECONQUISTA

I

*Poderosa y benéfica influencia de la Iglesia en el
Estado Visigodo*

C IERTAMENTE que á los que no hayan estudiado á fondo el período de nuestra Historia que acabamos de analizar, parecerá fuera de toda duda la afirmación, tantas veces combatida, de que la influencia é intervención de la Iglesia en el Estado Visigodo, antes fué perniciosa que útil á la Patria. Porque ¿cuál fué el resultado final de semejante predominio?—se preguntarán los tales.—La ruina del Estado—contestarán sin vacilar. Efectivamente; tal sucedió en apariencia. Pero, bien miradas las cosas, no vacilamos en afirmar que nada es más incierto. En prueba de lo que decimos estúdiense el *Fuero Juzgo* y los Concilios, y estos dos monumentos imperecederos de una época que avanzó con paso de gigante por la senda del verdadero progreso humano, nos dirán que los pueblos podrán ser ó no aptos para la civilización y el bienestar moral ó material que nos es dado alcanzar en esta vida, pero que norma más eficaz para el logro de estos fines es

difícil, si no imposible, que se encuentre, mediante la debida consideración de las circunstancias de los tiempos. No vacilamos en calificar de perfecta, si no la organización social y política de aquel entonces, por lo menos la generosa tendencia del Episcopado á constituir un gobierno fuerte, estable y vigoroso, en el cual tuvieran representación ordenada y conveniente todas las clases sociales, para alcanzar, por este medio, la grandeza de la Patria en el exterior y la unidad religiosa, política y social, y con ella la paz interior, el desenvolvimiento de la riqueza y el cultivo armónico de las facultades nobilísimas del hombre, la inteligencia con el alimento saludable de la verdad, la voluntad con la práctica de la virtud. Este magnánimo pensamiento se ve palpar en aquellos dos grandiosos monumentos, obra directa ó indirecta de la Iglesia. *Rey serás si fecieres derecho, et si non fecieres derecho non serás rey.* ¿Qué más puede decirse á un soberano? ¿Quién, sino la Iglesia, se atrevió á decirlo? Y si esto se le decía al Rey, ¿qué no se les diría á los demás? El gran principio de la responsabilidad efectiva y real, no ficticia y risible, como se usa en el día, de los cargos públicos, desde el Rey hasta el último empleado, púsolo en práctica la Iglesia española, en una época en que los demás pueblos vegetaban en selvas inconmensurables y áridos desiertos, ó se destrozaban en luchas fratricidas, ó se podrían, víctimas de espan-

tosa corrupción, ó se retorcián entre las cadenas de feroces despotismos. Bajo el gobierno moral de la Iglesia, España, la Península entera, formó un solo cuerpo de nación, y sus fronteras se extendieron más allá de sus límites naturales; arrojó de su suelo á los extraños; impuso respeto á sus enemigos; aprendió á conocer los beneficios de la libertad; brilló como estrella de primera magnitud en la república de las letras y en la más noble de la santidad; dió un golpe mortal á la esclavitud; acrecentó extraordinariamente la riqueza pública, protegiendo la agricultura, perfeccionando la industria y alentando el comercio; quebrantó la infame ley de razas, hasta la de los Judíos, que recobraban los derechos humanos por medio del bautismo; fortificó los lazos naturales de la familia, santificando el matrimonio, y los sociales, consagrando á los reyes, haciéndolos inviolables y colocando resueltamente los principios sobre las personas; y, por fin, enseñó á dar la debida preponderancia al espíritu sobre la materia, infundiendo en el alma de aquella sociedad la idea de una patria inmortal y de una felicidad imperecedera, que debemos reconquistar en esta vida, si hemos de ser fieles á nuestro destino, al fin que se propuso al crearlos el Autor de lo creado. La ley se dió, y en gran parte fué cumplida. Si no produjo sus naturales efectos, ¿deberemos por esto hacer cargos á la Iglesia? ¿Acaso la malicia humana no ha per-

vertido siempre las más nobles intenciones y sublimes propósitos? ¿Quién es el mal espíritu que arruina muchas veces las empresas más nobles y grandiosas?

Pero, á pesar de tan plausibles y rectos fines y tanta grandeza, el Imperio cayó—dirán aún los más recalcitrantes.—Prescindiendo de las verdaderas causas de esta caída, afirmamos en absoluto que, si se hundió el Estado Visigodo, España, la generosa nación cristiana, el indomable pueblo hispano-romano, no murió con él, sino que por el contrario alzóse con soberana grandeza sobre las ruinas humeantes de aquel espantoso cataclismo. Muchas semillas sembradas por la Iglesia en el período anterior, no habían germinado todavía, porque el terreno no les fué propicio; otras sólo habían producido frutos raquíticos ó de perdición, porque la maldad de los hombres trueca fácilmente el bien en mal, y corrompe, con harta insensatez, lo que de por sí es sano y vigoroso. Pero al salir de su letargo la Patria de Recaredo, al levantarse atrevida del lecho de oprobio en que yacía, al tratar de arrojar de sus hombros la infame coyunda de la opresión, lo hizo por manera imponente y heróica, como suelen hacerlo las ideas inmortales que palpitan en la inteligencia del genio, como se sublevan los sentimientos sublimes que anidan en el fondo del corazón de los pueblos gigantes, cuando los oprimen y humillan tremendas injusticias. Y al

alzarse con tan espléndida grandeza y majestad, ni hubo razas diferentes, de las cuales unas vieran, cual inútiles parásitos, de las otras, absorbiendo su savia y consumiendo sus recursos; ni hubo esclavitud que deshonrase á la naturaleza, pues bastaba un caballo y una lanza para cubrirse los héroes de dignidad y gloria; ni hubo impiedad ni idolatría, porque el cielo patrocinaba visiblemente la causa de su pueblo, y este pueblo nunca ha sido ingrato á Dios ni á los hombres; ni hubo cobardías, ni bajezas indignas, ni irritantes discordias, ni ambición desenfrenada, ni lujo arruinador, ni falta de palabra, ni groseros apetitos, ni perjurios conyugales, ni suicidios vergonzosos; porque la dignidad, el honor, la altivez, la sobriedad, la ingénita grandeza, la piedad, eran dones privilegiados que atoraba, cual ninguno, el pueblo hispano, ya que dimanaban tan sublimes cualidades de un principio indestructible, de una base inmovible, la fe viva, que hace inmortales las obras que en ella tienen su natural asiento y se alimentan de su savia purísima y fecunda. No cayó, España, no, como el indigno Bajo Imperio, que «prefirió el turbante de Mahoma al gorro latino.» Los pueblos tienen el destino que merecen: el del nuestro es inmortal.

II

El Todmir: el llanto de España

CON la rapidez del rayo habíase dirigido Tárik, después de su victoria, al corazón de España y héchose dueño de Toledo. Unicamente opuso un débil dique á la espantosa inundación Teodomiro, que, aunque derrotado en Écija por Zaide ben Kesadí, que mandaba uno de los tres cuerpos en que Tárik dividió su ejército para someter con mayor velocidad á España, retiróse á Orihuela (Aurariola). No tardó Abdelaiz, hijo de Muza, en presentarse ante las murallas de esta plaza, quedando sorprendido el caudillo árabe al distinguir los muros coronados de guerreros, que impávidos esperaban el ataque: eran mujeres disfrazadas; pero aquella estratagemá valióle á Teodomiro un tratado de paz por el que se le reconoció soberano, pagando un tributo, de toda aquella región de Levante, desde Valencia á Guadix, que supo defender el esforzado guerrero heroicamente contra todas las tribus africanas que sucesivamente vinieron á esquilmar nuestro suelo y á cubrirlo de sangre y de oprobio: sucedióle Atanilde, el generoso y opulento.

Fuera de este oasis, anegado muy pronto por

aquella tempestad deshecha, nada resistió al poder musulmán, pues Rodrigo habíase jugado su suerte y la de la Patria en las márgenes del Guadalete, acumulando allí todos los elementos de resistencia. El reino estaba sin caudillo y sin armas; los traidores en el campo enemigo, excitando al avance, y orillando dificultades con el propósito de aprovecharse de las victorias del infiel; el resto de los Españoles, unos por demasiado confiados, otros llenos de estupor, no se apercibió del peligro hasta el último momento, para pensar sólo en esquivarlo; y en medio de aquella espantosa desolación y mortal congoja, la víbora judía, que había España abrigado en su seno, dió el golpe de gracia, abriendo las puertas de las plazas fuertes al invasor, armándose en su auxilio, y saciando en el pobre pueblo vencido sus diabólicos rencores. Nada quedó en pié; nada salvóse del mortal estrago: los montes escabrosos eran el único albergue de aquellas innumerables caravanas de infelices; nobles, hombres libres y esclavos, ancianos, mujeres y niños, venerables obispos, sacerdotes y legos, comunidades enteras de monjes y vírgenes consagradas al Señor; todo revuelto, confundido, con hambre, con frío, rendidos de fatiga y extenuados de cansancio, huyendo de los árabes que en ellos se cebaban, como se huye de las fieras, abandonados de sus propios hermanos que cerraban á su vista las plazas fuertes para abandonarlas luego al enemi-

go, y empezar la misma peregrinación, y morir como los otros, al filo del alfange, ensartados por las lanzas enemigas, entre los cascos de los veloces corceles del desierto, lejos del hogar venerando, separados de los seres más queridos, ahogados por mortal angustia, por ansiedad devoradora, por supremo desconsuelo, por impotente rabia.

Así acabó aquella España que Recaredo elevó á considerable altura en alas de la fe religiosa, para empezar nueva y pujante y espléndida existencia, quedando, como dice el sabio Rey de las tristes *Querellas*, «Bañada de lágrimas, complida »de apellido, huésped de los extraños, engañada de los vecinos, desamparada de los moradores, viuda é asolada de los sus hijos, confundida de los bárbaros, desmedrada por llanto é »por llaga, fallecida de fortaleza, flaca de fuerza, menguada de conorte, asolada de lossuyos.»

III

Resurrección gloriosa de la Patria

Así había quedado España; pero nuestra Patria es inmortal. A su calor generoso y fecundo han venido á fundirse, ó han sido expelidos casi todos los pueblos que brotaron del Asia y surcaron los mares. Griegos, Fenicios, Cartagineses, Romanos y Judíos, Cimbrós y Teutones, Suevos, Alanos, Vándalos, Visigodos, Francos y Normandos, Arabes y Berberiscos y otros más han puesto el pié en la Península, sin que ninguno de ellos haya podido borrar uno solo de los elementos de nuestro carácter nacional, saliendo el pueblo español, el verdadero y auténtico, el constituido por aquellos Iberos y Celtas, á quienes la Providencia Divina condujera á nuestro suelo para que lo inmortalizaran con sus heroicas hazañas y virtudes, incólume de tantas pruebas, engrandecido por los contratiempos, vigorizado por las dificultades, acrisolado por la desgracia, aferrado más y más á sus convicciones, civilizado con la cultura de los otros, que perfeccionó y purificó, devolviendo con creces los beneficios recibidos, y cada vez más grande, noble y poderoso, cual si tuviera conciencia del gloriosísimo destino que le había cabido en suerte rea-

lizar. Por eso no muere en el Guadalete, sino que yergue altiva su indomable frente en las fragosidades del Auseba; y, enarbolando el estandarte salvador, agrupados en torno de él los restos que no habían sucumbido en la matanza, ni doblado la cerviz al yugo sarraceno, da comienzo á la obra más admirable que vieron los siglos, á la epopeya más gloriosa que cantaron los poetas. El aliento varonil que enardeció las almas generosas de Indívil y Mandonio, de los defensores de Sagunto y de Numancia, de Istolacio é Indortes y del héroe lusitano, anima también el ardoroso espíritu de Pelayo, por cuyas venas corre sangre española. No son, no, débiles mujercuelas los que obedecen á su voz: son los indomables Cántabros, que millares de veces hicieron respetar á poderosos enemigos su libertad é independencia; los que desde las fértiles praderas del Sur prefirieron atravesar toda España á someterse á la coyunda agarena; los que cada día revolvían furiosos sus caballos para contener las terribles acometidas de los feroces hijos del desierto, que picaban su desordenada retaguardia; los que no contaron jamás las fuerzas enemigas para lanzarse á los combates; los que no se habían envilecido ni deshonrado con infames intrigas palaciegas, ni habían desgarrado el corazón de la madre patria con guerras fratricidas, ni prostituído sus pasiones y sentimientos, ni desesperado de la virtud, ni perdido la fe, que obra

prodigios. Cuando el soplo de la brisa meció dulcemente los pliegues de la bandera sacrosanta mostrando á sus valientes defensores la Cruz redentora que abrazaba al mundo, de las almas esforzadas de aquel puñado de héroes brotó á torrentes el sentimiento religioso, que debía henchir el universo; y cuando el furioso vendaval, que rugía en las ingentes cimas de aquella abrupta cordillera, cual nuncio precursor de los combates, agitó violentamente la gloriosa enseña, un grito de entusiasmo arrebatador y soberbio surgió de los guerreros pechos, grito que debía resonar en todo el orbe, en Clavijo y en Simancas, en las Navas y el Salado, en Sevilla y en Granada, en Lepanto y en Otumba, en Gerona y en Bailén. A la sombra del estandarte que tremoló Pelayo en Covadonga nació el trono español y católico por excelencia, sobre un escudo, fuerte y vigoroso, arrullado por los suspiros de la naturaleza, santificado por la fe, ennoblecido por el sentimiento regenerador de libertad, coronado por el inmarcesible laurel de la victoria, engrandecido por el amor de todo un pueblo, espontáneo y libre, sin artificios, amaños ni violencias, como fruto sazonado de poderosa planta, y visiblemente protegido por Dios mismo. El humilde y rústico pavés sobre el que Pelayo, primer rey de España, recibe las aclamaciones entusiastas de un pueblo generoso, ha de convertirse, andando el tiempo, en trono refulgente de

majestad y gloria, alumbrado constantemente por los vívidos destellos de un sol que no se oculta nunca, acatado tanto por los grandes monarcas de la tierra, como por los salvajes moradores de los bosques, cariñosamente distinguido por los Supremos Jerarcas de la Iglesia; el trono, en fin, en que debían sentarse Isabel la Católica y Felipe II, los Alfonsos y Fernandos.

IV

Herotismo Cristiano

SE valiente despertar de nuestra Patria, que comienza en Covadonga, y acaba, coronando la Cruz del Redentor los arrogantes torreones de la Alhambra, surcando mares ignorados en la capitana de Colón, iluminando las vírgenes selvas de dos mundos y los vetustos imperios de los Incas y Aztecas, oscureciendo en las aguas de Lepanto el poder, poco menos que invencible, de la Media Luna, domeñando la soberbia de Lutero y sus secuaces en el centro de Europa, es magnífico, soberano, majestuoso, en grado sumo.

Todavía vibraban dulcemente en el alma de los primeros héroes de la Reconquista los gloriosos recuerdos de la primera victoria, cuando Alfonso I *el Católico* penetraba osadamente por las tierras de Galicia, que asolaban feroces berberiscos, y plantaba la Cruz en las torres de Lugo, Orense y Tuy, en las riberas más occidentales del Miño; cruzaba el Duero, al frente de sus bravos montañeses, después de apoderarse de Braga, Porto y Chaves, y conquistaba á Viseo, acosando á los musulmanes hasta cerca del Tajo. Casi sin reposar de sus victorias, vuelve otra vez á cosechar nuevos lauros, y pe-

netra con ímpetu irresistible hasta el corazón de España, hollando las faldas del ingente Guadarrama, límite de sus conquistas; revuélvese hacia el Norte, y el Bidasoa le detiene. No había transcurrido aún medio siglo desde que los Agarenos surcaran el Estrecho, y ya media España había sacudido, si bien momentáneamente, su tiránica coyunda, merced al arrojo y bravura de este guerrero infatigable. Los pueblos sometidos respiran, se acostumbran á no mirar como definitiva su opresión, y se aprestan á reconquistar su libertad; pues otro Alfonso, *el Casto*, llega hasta Lisboa, traslada su Corte de Cangas á Oviedo, fundada por su padre Fruela y embellecida por él; fija el Duero como límite de su ya poderosa monarquía, que le permite firmar alianzas con Carlomagno y Ludovico Pío, tratar de potencia á potencia con los emires Cordobeses y dar solidez á las conquistas del primer Alfonso; mientras el tercero, *el Magno*, avanza, talando campos y ciudades, hasta las fronteras meridionales de Lusitania, escala más tarde las agrestes cumbres de Sierra-Morena, y funda á Burgos, corazón del Condado de Castilla. Con la grandeza empieza la división, rémora de la Reconquista; mas los hijos heredan el ardor belicoso de su padre, especialmente Ordoño II, quien traslada su Corte á León, y alcanza brillantísima victoria en San Esteban de Gormaz sobre el ejército de Abderrahmán III, el fundador del Califato de Occiden-

te. Más valiente todavía y arrojado su hijo Ramiro II, se apodera de Madrid y Talavera, volviendo á su capital cargado de despojos y cubierto de gloria; implora su auxilio el animoso Fernán-González, y, juntos, derrotan á Almuhammad en Osma. Proclama Abderrahmán la *guerra santa*, reúne la flor de sus caballeros, y al frente de poderoso ejército se dispone á vengar los ultrajes recibidos, aniquilando de una vez el poder de los cristianos; pero Ramiro no se desanima, busca á su terrible adversario, lo derrota en Simancas, lo acosa en la fuga, y lo destroza por completo en Alhandega.

Casi al mismo tiempo que Pelayo en Covadonga, alzaban los indomables Vascos el pendón de la Reconquista en las vertientes de los Pirineos, dirigidos por su caudillo Garcí-Jiménez, alzado también sobre el pavés, como el héroe de Cantabria. Si Cangas fué en un principio la humilde capital del asturiano reino, Aínsa lo fué del no menos diminuto de Sobrarbe, cuna de Navarra; si la cueva de Covadonga fué el primer centro de resistencia de los Cántabros, la de San Juan de la Peña prestó refugio á los denodados Vascos; si el trono de Asturias brotó espontáneo y libre entre las aclamaciones de todo un pueblo, y consagrado por la Iglesia, y protegido por Dios, en medio de los gritos del combate, y arrullado por la victoria, del mismo modo nació libre, robusta y varonil, piadosa y austera la futu-